

El sábado 17 de julio de 1982

(La masacre de San Francisco)

Ricardo Falla *

El sábado 17 de julio de 1982, más o menos a las 11 de la mañana, centenares de soldados sitian el pueblo de San Francisco en el municipio de Nentón del departamento de Huehuetenango. Llegan a pie de Barillas con la intención, parece ser, premeditada de acabar con San Francisco (los militares estaban frustrados por no haber podido echarle la mano a un campamento de la guerrilla que se había establecido poco tiempo antes en las proximidades, en las montañas). Al mismo tiempo, signo claro de que se trataba de soldados regulares y no de guerrilleros, un helicóptero que llevaba provisiones, aterriza en el campo de football. En su mayoría, la tropa está formada por indios¹ de pueblos más o menos cercanos (municipios de San Miguel Acatán, Jacaltenango, Santa Eulalia, San Sebastián, Solomá, Todos Santos), pero cuya lengua es diferente a la de los habitantes de San Francisco (el chuj).

San Francisco: pueblo, comunidad y finca

Antes de la masacre, el pueblo contaba con unas 65 casas, es decir, con cerca de 390 personas, todas indígenas. En su gran mayoría, eran familias de trabajadores permanentes (colonos), pero también había jornaleros (voluntarios), de una gran propiedad o finca (con 1 800 ha) perteneciente a un coronel aparentemente retirado: Víctor Manuel Bolaños. La guerrilla se desplazaba en la zona con una libertad relativa, pero de manera esporádica, desde hacía más de un año, y la propiedad estaba prácticamente abandonada por su dueño. El administra-

dor, Francisco Paíz García, colaboraba, más o menos presionado, con los insurgentes. Cuando éstos quemaron la casa de la hacienda el 15 de diciembre de 1981, se habían contentado con amordazarlo en el juzgado contiguo, mientras que en la misma época, habían ejecutado al administrador de Chaculá, una propiedad cercana.

La guerrilla obtenía del ganado de la finca de San Francisco (400 cabezas en 1980) sus provisiones de carne. En una época determinada, cuando el robo del ganado se había generalizado, la población se opuso al abigeo, y protegió el rebaño del patrón. Podría verse en esta función de aprovisionamiento de la guerrilla una razón de la matanza. Sin embargo no hay ningún indicio que permita atribuir una responsabilidad al propietario. Lo que sí es cierto es que más de 300 personas iban a perecer en la masacre.²

Además de los cuatro testigos oculares (que se escaparon y, una vez refugiados en México, hicieron un relato detallado), varios miembros de la comunidad se salvaron porque estaban fuera del pueblo ese día. Algunos de éstos trabajaban en los campos de Yulaurel en la proximidad de la frontera mexicana: el INTA (Instituto de Transformación Agraria) había dotado de tierras (unas 900 ha) a la comunidad en los años 70. Una parte de los beneficiarios residía allá, pero otros continuaron viviendo en el pueblo, o en terrenos de la finca.

La masacre

Cuando el coronel que dirigía la operación, ordenó a la población que se juntara en el centro del pueblo para una reunión, nadie opuso resistencia. En sus relaciones con el ejército, el pueblo se sentía relativamente con confianza y en seguridad. Algunos soldados ya habían

* Antropólogo guatemalteco.

ido el 24 de junio, y habían inspeccionado minuciosamente todas las casas durante dos o tres días. Habían quedado satisfechos e inclusive habían prometido enviar fertilizantes para los cultivos. Se habían realizado visitas parecidas a ésta en otros muchos pueblos de Huehuetenango. Respondían a la política gubernamental de amnistía. Las palabras amistosas y las promesas iban acompañadas de amenazas de represalia en caso de colaboración con la guerrilla.

“Los sacan a la plaza, los matan con cuchillos, acaban a uno de ellos, de dos o tres años, estrellándole la cabeza contra el tronco de un árbol”.

Desde la llegada de los militares, el 17 de julio, los habitantes de San Francisco perciben signos alarmantes: su número, su tensión (parecen estar fuera de sí, como drogados), la presencia de un vestido igualmente con ropas de camuflaje pero amarrado con una cuerda (probablemente un guerrillero capturado y utilizado como delator).

De repente, los soldados se apoderan de un campesino y le acuchillan el rostro. Después se reúne a los hombres y se les encierra en el juzgado; a las mujeres y niños, en la iglesia. Los dos edificios están a unos veinte metros de distancia. Conscientes ya de lo que se está preparando, algunos hombres se ponen a rezar.

Hacia la una, se escuchan disparos en la iglesia. Después los soldados sacan a las mujeres en grupos, las conducen a las casas, las matan y les prenden fuego —no sin haberse apoderado antes de las grabado-



Foto de Pierre Perrin/Gamma.

ras, los vestidos, el dinero (saquean igualmente la cooperativa). Regresan después en dirección a la iglesia donde los niños lloran, gritan, llaman a sus padres. Los sacan a la plaza, los matan con cuchillos, terminan con uno de ellos, de dos o tres años, estrellándole la cabeza contra un tronco de árbol.

A las tres de la tarde, más o menos, después de una pausa, llega el turno de ejecutar a los hombres, frente al juzgado, empezando por los ancianos de la comunidad, inmolados con arma blanca, en medio de las risas de los soldados. Ni los miembros de la patrulla civil organizada por el ejército ni las autoridades civiles son perdonados. Ironía macabra: el comisionado militar (representante local del ejército), el alcalde auxiliar (la autoridad civil oficial) y sus ayudantes (municipes encargados de mantener el orden) son ejecutados en el mismo juzgado. El administrador de la finca asiste, impotente, a la masacre. No será asesinado en ese momento sino algunos días más tarde, cuando el ejército se retire de la zona.

Hacia las cinco y media, siete hombres se escapan por una ventana. A pesar de que los militares los persiguen, cuatro logran huir y alcanzar la frontera (uno de ellos murió por las heridas recibidas en el hospital mexicano de Comitán). Pronto empieza a hacerse de noche. Para terminar, los soldados arrojan granadas al grupo que quedaba; después amontonan los cadáveres sin notar que dos hombres al menos, cubiertos de sangre, todavía viven. Son cerca de las siete cuando éstos se escapan a su vez por la ventana, mientras que afuera los verdugos celebran su "victoria", cantando y escuchando música en las grabadoras robadas. Uno de los dos es localizado y muerto. El otro, un hombre de unos cincuenta y siete años, testigo principal de la masacre, se esconde al abrigo de unos matorrales y llega también a Chiapas al día siguiente.

El éxodo

La masacre de San Francisco va a desencadenar la huída de 9 000 personas del norte de Huehuetenango hacia México en las últimas semanas de julio y en las primeras de agosto de 1982; ya que la noticia se extendió en toda la región. El ejército quema otros pueblos de la zona y comete otras masacres (destaca la de un grupo de mujeres y niños en camino al exilio,³ en Yaltoya). Entre otros, los habitantes de Yulaurel, Yalambojoch, Yalanhuitz, Yalcastán, huyen a México. Toda una parte de la zona fronteriza se vacía de población. Los que se quedan son reunidos en pueblos bajo control militar.

Esta política de "tierra quemada", además del pretexto de castigar a los campesinos indios —acusados de proporcionar víveres a la guerrilla o de rehusarse a denunciar la ubicación de sus campamentos— pretendía ya sea expulsar o congregar a una población india numerosa y dispersa en un territorio extenso.

Notas

- ¹ En el ejército guatemalteco, salvo muy raras excepciones, los oficiales siempre son ladinos (NDLR de la revista *ethnies*).
- ² 353 personas según el testigo principal; se ha podido establecer una lista de 302 nombres (NDLR de la revista *ethnies*).
- ³ Survival International (Francia) ha publicado ya, testimonios de esos abusos, relatados por los refugiados originales del norte de Huehuetenango: "Guatemala", documento No. 1, París, 1983 (NDLR de la revista *ethnies*).